

tiene éste (el gobierno de Maximiliano) pensamiento fijo, no hay acuerdo en sus disposiciones, faltan en todo la oportunidad y la unidad de acción; en suma, Señor, se echan de menos la inteligencia superior que dirija, la voluntad firme que decida, y la mano vigorosa que ejecute. El caos por tanto es la consecuencia necesaria (1). » El Licenciado Don José María Iglesias, Ministro de Juárez, á gran distancia, en un rincón del país, hacía iguales apreciaciones sobre el gobierno de Maximiliano: « Recapitulando en pocas palabras lo que hasta aquí hemos dicho acerca del desorden del gobierno imperial, podemos aseverar con fundamento que es la imagen del caos (2). »

Los resultados correspondieron maravillosamente al esfuerzo del sabio Rey Leopoldo, de dotar á México con la dictadura de un jilguero de canciones picarescas, como lo era Mr. Eloin, para hacer imposible el imperio de Maximiliano desde el día de su estreno.

(1) Zamacois, tomo XVII, pág. 1104.

(2) Licenciado José María Iglesias. Revistas sobre la intervención francesa. Enero 31 de 1865.

CAPÍTULO VII

EL MÁS PODEROSO ALIADO DE JUÁREZ

(Continuación)

Veamos qué solución recibieron las cuestiones fundamentales de vida ó muerte para el Imperio, porque en fin el dictador Eloin era un favorito de fácil aniquilamiento. La primera de las cuestiones sensacionales, aunque no la más importante fué sin duda la religiosa.

Maximiliano guiado por Napoleón se empeñó en resolverla tomando por modelo el concordato francés de 1802. ¿Hizo bien Maximiliano en proponer semejante solución?

El Emperador Napoleón III, como ya lo hemos visto, había declarado categóricamente á Almonte que, mientras permaneciera su ejército en México, no se deshonraría la bandera francesa apoyando una reacción ciega. Para que el gobierno imperial hubiera podido obrar con plena libertad, le habría sido necesario dar por terminada la intervención y esperar á que el ejército francés hubiera evacuado completamente nuestro territorio. Maximiliano, para

dar por terminada la intervención, necesitaba haber organizado el ejército mexicano imperial, obra que demandaba bastante dinero, que no existía. Desde la llegada á México del Archiduque, el tesoro francés quedaba relevado de la obligación de hacer gasto alguno en México. Sin dinero no podía haber ejército imperial, sin ejército no podía sostenerse el Imperio sin los franceses ni un día; luego era preciso para que hubiera Imperio conservar en México el ejército francés, porque aun cuando Maximiliano no lo mantenía, como estaba obligado á hacerlo, el gobierno francés no podía dejar de hacerlo.

Si el clero hubiera entendido las cosas tales como hablaba, no le quedaba más recurso que aceptar las concesiones ventajosas que á la Iglesia hacía Maximiliano, ó no tocar la cuestión hasta que se hubieran retirado los franceses, ó intentar que Napoleón III cambiase de resolución, lo que era imposible, porque además de ser en Francia anticlericales los republicanos, los orleanistas y los bonapartistas, el ejército de México era enemigo de toda reacción.

Aplazar la cuestión religiosa para cuando se fueran los franceses presentaba un mal grave, caso de que se hubiera obtenido dinero para organizar el ejército imperial; Maximiliano necesitaba formar ese ejército enteramente reaccionario y ser en México el esclavo del clero ó, al romper necesariamente con el clero, encontrarse con que su

ejército era su enemigo. Echarse en brazos del clero equivalía á forzar á los adjudicatarios á que gastasen hasta el último peso en hacerle la guerra, á echarse encima á todo el partido liberal, á perder la esperanza del reconocimiento de los Estados Unidos y á rechazar á los capitales europeos del país, que pedían por necesaria condición de su apoyo la prueba de que México se colocaba en una vía de progreso moral y político. Había una dificultad mayor: más de la tercera parte de los bienes eclesiásticos desamortizados estaban en manos de franceses; los habían obtenido legítima y legalmente; sus derechos adquiridos eran incontestables. No se les podían arrancar sin previa indemnización. ¿De dónde tomaba Maximiliano esos millones indispensables para indemnizar? Por otra parte, al saber los adjudicatarios mexicanos que á los franceses y en general á los extranjeros no se les podía expropiar sin indemnización, tenían que vender á bajo precio esos bienes, para salvarlos. Si no había dinero para tan enorme operación, Francia con sus armas tenía que defender los derechos de sus nacionales y, ó Maximiliano respetaba las leyes de Juárez y la Regencia en materia de bienes eclesiásticos, ó tenía que aceptar una guerra con Francia, que era igual á recibir un puntapié, para que ocupase el gobierno un jefe francés ó uno no reaccionario indicado por Napoleón.

Resumiendo : Maximiliano no podía pretender continuar de Emperador sino acatando las decisiones irrecusables de Napoleón en la cuestión religiosa. El clero debió haber visto que Maximiliano, aun cuando hubiera sido tan clerical como el Padre Miranda, no podía, sin perder el trono inmediatamente, separarse de la política francesa en asuntos clericales.

¿Creía el clero que si Maximiliano obligaba á Francia á declararle la guerra, el partido mexicano clerical podía defenderlo con éxito contra Napoleón y contra Juárez? Juárez no se hubiera reunido á Napoleón, pero tampoco al clero, y tanto el partido reformista como el francés, obrando sin entenderse, habrían pulverizado en un instante al partido reaccionario. Parece increíble que la ceguedad del clero llegara al extremo de admitir que podía luchar contra Juárez y contra la Intervención. El clero no tenía más que aceptar lo que Maximiliano le ofrecía, que era inmenso en comparación con lo que había perdido la Iglesia con las leyes de Reforma. En efecto, Maximiliano ofreció al Nuncio del Papa : religión de Estado, católica, su clero sostenido por el gobierno, lo mismo que los gastos del culto; órdenes monásticas de frailes restablecidas, pero limitadas ; las de monjas todas restablecidas, pero limitado su personal; el registro civil servido por eclesiásticos ; pendientes de arreglo

los fueros eclesiásticos y la secularización de los cementerios. Respecto á intervención del clero en la prensa y en la instrucción pública, silencio absoluto. En cambio, tolerancia de cultos; servicios sacramentales del clero á los fieles, gratuitos; cesión al Estado de los bienes eclesiásticos desamortizados por la República; reconocimiento del patronato del soberano, tal como lo tuvo la monarquía española en Nueva España.

El clero debió aceptar desde luego si hubiera sido bastante sagaz ó menos apasionado para reconocer que la reacción pretendida por el Nuncio era imposible. Pero no fué así. El Nuncio creyendo que el clero era omnipotente en México, rechazó hasta discutir las proposiciones imperiales, con dureza, impertinencia y causticidad. El Nuncio en realidad vino á México, no á tratar, ni á conciliar, ni á hacer diplomacia, sino á presentar el insolente *ultimátum* de un monarca conquistador, absoluto é invencible.

Maximiliano debía contestar abdicando, por serle imposible regir á la sociedad conservadora por procedimientos que hacían del gobierno un esclavo del clero, ó ir franca y decididamente hasta las leyes de Reforma. El Imperio no se hubiera por tal motivo salvado, porque tenía enemigos más fuertes, entre ellos la incapacidad política y administrativa del soberano, pero como tal cosa no la percibía

éste, su conducta debía levantarse á la altura de las circunstancias. El Nuncio le había probado que la conciliación era imposible; él debió probar al Nuncio que la ruina de las pretensiones clericales era posible, devolviendo á Napoleón III la corona ó sosteniendo las leyes de Reforma.

Pero su incapacidad mental y de carácter le forzó á tomar la peor de las resoluciones. Sancionó las leyes de desamortización, la libertad de cultos, la abolición de fueros y, estando en bancarrota, sostuvo su decisión de sostener al clero y al culto, cuando no podía dar de comer á los soldados mexicanos dedicados á mantener trono, religión, paz y absolutismo ultra-personal. Cometió otra falta mayor, nombró una comisión de tres personas para que fuesen á Roma á procurar un arreglo con el intransigente Pío IX, en los momentos en que éste abría una campaña insensata de reacción contra el mundo moderno.

¿La comisión mandada á Roma tenía por objeto presentar un *ultimátum*? ¿Sí? Entonces no se necesitaba comisión, bastaba con el Ministro de México cerca del Vaticano. ¿Estaba autorizada para hacer arreglos que destruyesen las prevenciones de las leyes promulgadas ya, resolviendo la cuestión religiosa sin intervención del Pontificado? Entonces esas leyes eran precarias, provisionales, indecisas, y dejaban más que al aire, en la boca del lobo, in-

menos intereses. Tal conducta no podía satisfacer al clero, porque las leyes ya promulgadas tenían el carácter de definitivas, reconocían plenamente derechos adquiridos y no era posible lógicamente romperlas.

No puede decirse que legalmente podían ser nulificadas, porque como era un imperio sin más leyes que la voluntad absoluta del emperador, éste podía todo, hasta el imposible jurídico. En tal concepto, la conducta imperial no podía satisfacer de ningún modo á los adjudicatarios ni á la política francesa ni á las potencias protestantes, ni mucho menos al partido reformista. Maximiliano logró lo que todos los conciliadores de ideas é intereses irreconciliables : quedar mal con todo el mundo.

Pero el clero fué más torpe todavía : hizo conocer al trono su disgusto, su indignación, su intransigencia y sus amenazas. Vicario, uno de los generales clericales, hombre de convicciones inquebrantables, muy sanguinario y de gran valor, lanzó una proclama excitando á los pueblos á rebelarse para defender su santa religión. El llamamiento no tuvo eco y la autoridad imperial ordenó la persecución del rebelde. Mas este paso tan torpe inundó de desconfianza á Maximiliano y á las autoridades francesas. Fueron privados de sus mandos los caudillos clericales, Miramón, Márquez, Ta-

boada y otros de menor importancia. Fueron desterrados, disimuladamente, los generales Miramón y Márquez y, abiertamente, Taboada. Se licenciaron algunas fuerzas regulares y sólo quedó D. Tomás Mejía como general de división con mando, tal vez por inspirar una confianza absoluta. El clero había logrado hacer imposible la organización de un ejército imperial con elementos reaccionarios, en consecuencia había hecho por la causa republicana lo que difícilmente hubieran podido hacer en su beneficio sus mejores partidarios.

Maximiliano había aceptado con gusto á los jefes liberales de alta graduación que habían defecionado; pero con excepción del general Cortina, á ninguno de ellos le había confiado un mando, lo que prueba que desconfiaba enteramente de su lealtad y hacía bien; resultado, tampoco podía organizar el ejército mexicano con elementos liberales.

Podía solamente organizar un ejército con elementos extranjeros, es decir, crear un ejército enteramente de dominación en el país y profundamente odioso para sus habitantes. Para sostener un ejército de esta clase, contra la verdadera voluntad nacional, necesitaba mayor cantidad de dinero que para sostener un ejército mexicano acostumbrado á la escasez y resignado hasta donde le era posible con la miseria. Cuando el mariscal Ba-

zaine, para ayudar á Maximiliano, dispuso que el tesoro francés pagara á los austriacos y belgas, éstos se disgustaron profundamente porque siendo su sueldo mayor que el de los soldados franceses, comenzaron á recibir solamente lo mismo que éstos. Un capitán de infantería austriaco ganaba mensualmente \$150; fué preciso que Maximiliano les prometiera que él pagaría la diferencia. Cuando en San Luis se retardó tres días el haber de los belgas : « De aquí grandes recriminaciones que entre los belgas han llegado hasta el tumulto, pues han gritado : « ¡Viva la libertad! ¡viva la República! ¡abajo Maximiliano y los franceses! (1) ».

Las tropas voluntarias defecionan ó se sublevan inmediatamente que no se les paga, cuando están formadas de hombres libres capaces de tener voluntad y, sobre todo, de mercenarios.

Era imposible encontrar europeos que aceptasen venir á México á servir militarmente para ser tratados como nuestros desgraciados indígenas y nuestros no menos desgraciados oficiales. En Europa y los Estados Unidos la disciplina comienza con el dinero.

*
* *

No era posible la formación de un buen ejército

(1) Loizillon, pág. 385.